

que enronquecen en fuerza de repetir su misterio; no ven la arena que va amontonándose en la playa, ni los blancos brazos de las velas que señalan á la luz de la luna la invisible región lejana. Pero todo está igual, todo sigue inmutable á la orilla del mar desconocido : y Edith, paseándose sola y escuchando lo que las olas dicen, huella las algas húmedas, agüero de sus desdichas en la vida.

CAPÍTULO XLII

CONFIDENCIAL Y ACCIDENTAL

No ya mal pergeñado con el traje negro de marinero y con sombrero de sudoeste, sino bien vestido con elegante librea de color de avellana, que honraba la habilidad del sastre, se hallaba Rob completamente transformado. No se acordaba ya del capitán Cuttle ni del guardia marina de madera, como no fuese para regocijarse, en momentos perdidos, de la manera triunfal con que se había separado de ellos. Instalado en casa de su amo mister Carker y al servicio suyo inmediato no quitaba los ojos de aquellos temerosos dientes, que parecían fascinarle cada vez con más fuerza.

Aunque hubiera entrado al servicio de algún encantador poderoso no hubiese podido temblar más delante de la varilla mágica que lo que temblaba en presencia de aquella dentadura. El concepto que Rob se había formado del poder de su amo era tan alto que su obediencia y sumisión no tenían límites. Aun no estando mister Carker presente, no se atrevía Rob á pensar en él sino con el mayor respeto, pareciéndole que su amo era capaz de adivinar sus pensamientos y que á la menor falta le agarraría por el

cuello. Era una autoridad enteramente irresistible.

Nunca trató Rob de averiguar — y en su estado de ánimo habría sido una temeridad pretenderlo — por qué razón se hallaba en tan completa dependencia, si no sería por comprender que su amo era maestro en cierto arte de astucia que él mismo había estudiado en la escuela de Grinders. Pero, en todo caso, Rob admiraba á mister Carker tanto como le temía. Es probable que mister Carker conociera mucho mejor que su sirviente las causas de su preponderancia: su modo de proceder contribuía á mantenerla.

La noche misma en que se despidió del capitán y luego de vender sus palomas á bajísimo precio (tanta era su precipitación) fué Rob derechamente á casa de su protector presentándose á éste muy confiado y contento.

— ¿Cómo es eso, tunante? — le dijo mister Carker fijándose en el lio que Rob tenía bajo el brazo. — ¿Te has despedido de la casa para venir á verme?

— Con permiso de usted, señor — contestó Rob humildemente — como me dijo usted, la última vez que estuve aquí, que...

— ¿Qué? ¿Qué es lo que dije? — repuso mister Carker.

— Con permiso de usted, señor... No dijo usted nada, señor — respondió Rob desconcertado.

El caballero miró al chico y enseñando al mismo tiempo las encías le amenazó con el dedo diciéndole:

— Vas á tener mal fin, granuja: ya te lo he avisado: tú vas á tener muy mal fin.

— Con permiso de usted, señor — exclamó Rob temblando — no, no, yo no quiero tener mal fin: yo no quiero más que servir al señor y trabajar para el señor, fielmente y en su casa, señor.

— Fielmente. Es lo mejor que puedes hacer si alguna vez entras á mi servicio — dijo mister Carker.

— Sí señor, ya lo sé — repuso el chico muy sumiso. — Póngame usted á prueba, señor, dignese usted ponerme á prueba y si le engaño, señor, máteme, le autorizo.

— ¿Matarte? Vamos hombre — dijo mister Carker recostándose en su butaca y sonriéndose satisfecho — vamos hombre ¡qué ha de ser matarte! algo mucho peor que eso te espera si llegas á engañarme.

— Sí señor, ya lo sé — volvió á decir Rob — estoy seguro de que me sacudiría usted horriblemente.

— Pues no te arriendo la ganancia ¿eh? perro, si me eres desleal.

— Ni aunque me dieran un montón de guineas de oro.

Ciertamente había esperado Rob un buen recibimiento: de modo que al encontrarse con todo lo contrario no hacía más que mirar, como un perro, en efecto, á su amo, esperando el castigo.

— Es decir — dijo mister Carker — que te has desacomodado para venir á mi servicio.

— Con permiso de usted, sí señor — contestó Rob que, en realidad, no había hecho más que obedecer á mister Carker, de quien recibió instrucciones al caso, pero que no se atrevía á justificarse alegándolas.

— Está bien. Me conoces ¿verdad? — dijo mister Carker.

— Sí señor — contestó el chico dando vueltas al sombrero en las manos y estremeciéndose al ver cómo le miraba su amo.

— Pues ¡cuidado! — añadió mister Carker.

Rob, algo más tranquilo y haciendo muchas reve-

rencias fué retrocediendo hacia la puerta, con el propósito de salir de la habitación cuanto antes; pero su amo le detuvo.

— ¡Alto! — le dijo míster Carker cogiéndole de un brazo y plantándole de nuevo en medio de la pieza — cierra esa puerta.

Rob obedeció como si de la celeridad dependiese su vida.

— ¿Tú sabes hacer de soplón? ¿Sabes tú lo que significa soplón?

— Que cucha — se atrevió á decir Rob después de haber e.lexionado.

— Que escucha y mira — dijo Carker — y luego va contando en secreto lo que ha visto y oído.

— Aquí no haré yo nunca eso, señor — contestó apresuradamente Rob. — Por nada del mundo haría yo eso aquí, como no fuera que usted me lo mandase.

— Tú sabes también murmurar y chismorrear — dijo Carker con la mayor indiferencia. — Pues bien: si llegas á hacer aquí algo de eso, granujilla, estás perdido. — Y Carker volvió á amenazar á Rob levantando el dedo.

El chico estaba consternado: apenas podía respirar. Quiso protestar, afirmar sus buenas intenciones; pero aquella actitud de su protector le quitaba hasta el habla. Por último Carker se hizo el benigno y mandó á Rob que bajara al recibimiento dándole á entender que le tomaría á su servicio.

Así entró Rob en la servidumbre de míster Carker, aumentándose de día en día, si es que cabía aumento, la temerosa admiración del mozo á su amo.

Pocos meses llevaba Rob en su nuevo servicio cuando una mañana temprano abrió la puerta del jardín á míster Dombey, á quien míster Carker esperaba

á almorzar. Al momento de abrir se presentó el mismo míster Carker en el jardín saliendo presuroso al encuentro de su ilustre huésped.

— No pensé nunca — dijo Carker á míster Dombey al mismo tiempo que le ayudaba á bajar del caballo — no pensé nunca que tendría el honor de recibir á usted aquí. Este es un día extraordinario en mi calendario. Claro está que en un hombre como usted, que puede hacer lo que le place, esto no tiene nada de particular; pero en un hombre como yo el caso es muy distinto.

— Es muy lindo esto — dijo míster Dombey deteniéndose en el jardín y mirando en torno.

— Es usted muy amable — repuso reverenciosamente Carker.

— No, no; es la verdad — añadió míster Dombey en su alto patronato. — Todos dirán lo mismo. Está cómodamente dispuesto y hasta elegantemente.

— Dentro de su clase, es posible — contestó Carker con modestia. — De todos modos agradezco á usted mucho el buen juicio que le merece mi humilde residencia. ¿Quiere usted que entremos en casa?

Entraron en efecto y en seguida observó, muy justamente míster Dombey que todas las habitaciones estaban á la perfección, de muebles y de cuanto era necesario para la comodidad y el ornato. Nuevamente felicitó míster Dombey á su dependiente y de nuevo también alardeó éste de humildad, diciendo que se hacía cargo de la deferencia con que míster Dombey quería favorecerle, pero que no sólo era bastante dada su posición social, aquella casa, sino que aun le parecía excesiva.

— También puede suceder que considerándola usted desde la cima de su elevada posición la juzgue

mucho mejor que lo que es — dijo Carker abriendo cuanto pudo los labios. — ¡ Hay monarcas á quienes agrada la vida de los pobres !

Al tiempo de hablar dirigió una mirada indirecta y maliciosa á mister Dombey y otra mirada todavía más intencionada cuando mister Dombey fué á ponerse delante de la chimenea, en la actitud que de él había copiado su segundo, contemplando desde aquel sitio los cuadros que había en las paredes.

Con curiosidad iba siguiendo Carker la mirada de su jefe, atento á las impresiones que los cuadros le producían. Hubo un momento, cuando mister Dombey miró á cierta pintura, en que Carker se quedó como un gato en acecho; pero los ojos del gran jefe no se detuvieron en ella y pasaron con la mayor indiferencia á otro cuadro.

Aquella pintura era la que parecía un retrato de Edith. Carker solía mirarla como si fuese una figura viva. En el momento de que hablamos, sin embargo, podía dudarse de si la sonrisa de Carker iba dirigida á la pintura ó al poderoso personaje que estaba allí delante de la chimenea. Pronto fué servido el almuerzo. Mister Dombey tomó asiento en la silla que le designó mister Carker, dando espaldas á la pintura y el dueño de la casa se sentó en la silla opuesta, esto es en la que daba cara á la referida pintura.

Mister Dombey estaba todavía más serio que de costumbre y sumamente reservado. El loro balanceándose en el anillo dorado dentro de la fastuosa jaula, en vano se esforzaba por llamar la atención: mister Carker tenía bastante con observar á su invitado y el invitado, con la mirada fija en la mesa, parecía sumido en meditaciones que le alejaban del sitio donde se veía. En cuanto á Rob, que servía á la mesa, tenía

todas sus facultades absortas en su amo y apenas se acordaba de que aquel gran caballero en cuya presencia se encontraba era el mismo á quien le habían presentado, de niño, á la manera de certificado de buena salud en la familia; el mismo á quien había debido sus calzones de cuero.

— ¿ Me será lícito preguntar á usted cómo está mistress Dombey? — dijo Carker de pronto.

Y hecha esta pregunta se inclinó mister Carker de manera obsequiosa al mismo tiempo que dirigía una mirada á la pintura como diciendo: « ahora verás cómo te trato. »

— Mistress Dombey está bien — contestó mister Dombey poniéndose muy colorado. Y añadió — con esto me recuerda usted, Carker, que tengo algo que hablar con usted.

— Robín, puedes dejarnos — dijo Carker con voz amable.

El criado salió de la habitación sin perder de vista á su amo hasta el instante de trasponer la puerta.

Entonces dijo Carker á mister Dombey:

— Naturalmente, usted no se acordará ya de este chico.

— No — dijo mister Dombey con magnificante indiferencia.

— No era creíble que se acordara usted de esa pequeñez. Se trata — explicó Carker sin dar importancia al asunto — de la familia á que pertenecía una nodriza que prestó servicio en casa de usted. Se encargó usted generosamente de dar educación á un muchacho de esta familia.

— ¡ Ah, ya ! ¿ Es este chico? — repuso mister Dombey con ceño. — Creo que no ha utilizado esa educación como debiera.

— Mucho temo, en efecto, que este muchacho resulte un granujilla — repuso Carker alzando los hombros. — Al menos, lo parece. Pero si yo lo he tomado á mi servicio es porque era incapaz de acomodo en ninguna parte. Se imaginaba (es idea que le habian sugerido en su casa) que tenía algún derecho á solicitar favores de usted, de modo que siempre le salia al paso. Aunque el carácter de mis relaciones con usted sea simplemente el de dependencia por razón de negocios, es lo cierto que todo lo concerniente á usted me inspira muchísimo interés, de manera que...

Carker detuvo su discurso como para ver el efecto que producía en mister Dombey. Miró al cuadro otra vez y esperó.

— Carker — dijo mister Dombey — estimo mucho que no ponga usted limites á su...

— Servicio — sugirió sonriéndose el empleado.

— No, no es eso; prefiero decir á su interés — añadió mister Dombey como si sus palabras constituyeran una lisonja muy preciada. — Estimo mucho que no limite usted su interés á la cuestión de relaciones de negocios. La consideración con que atiende usted á mis pensamientos, mis esperanzas, mis disgustos, hasta en cosas pequeñas como la que usted ha mencionado y que constituye un ejemplo, hacen que e esté á usted muy agradecido, Carker.

Mister Carker hizo una pequeña reverencia y se restregó las manos suavemente, como si quisiera evitar movimientos bruscos que perturbasen la confianza de mister Dombey.

— La alusión de usted ha sido oportuna — dijo mister Dombey después de una corta vacilación — porque abre camino á lo que tengo que decirle. Y aunque esto no implique cambio alguno en el carác-

ter de nuestras relaciones me parece que puedo entrar en alguna confianza más personal que aquellas con que hasta ahora...

— ... Me ha honrado usted — sugirió Carker inclinando otra vez la cabeza. — No necesito encarecer á usted cuánto me honra porque un hombre como usted bien sabe el honor que está en su mano dispensar cuando le place.

— Mistress Dombey y yo — dijo mister Dombey pasando el cumplimento con augusto olvido de sí mismo — discrepamos en algunas materias. Parece que no nos entendemos bastante. Mistress Dombey necesita algunas lecciones.

— Son numerosos los atractivos que distinguen á mistress Dombey. No hay duda de que se halla acostumbrada á recibir muchas adulaciones — dijo el afable, teniendo cuidado de suavizar su menosprecio con la mirada y con el tono — pero cuando hay afecto, deber y respeto pronto se desvanecen los disgustillos que pueden acaecer por mil causas.

Los pensamientos de mister Dombey instintivamente se dirigieron hacia la cara con que su mujer le miró aquella noche en que le señaló con imperiosa mano la puerta de su cuarto : acordóse de la expresión de afecto, de deber, de respeto, que él había leído en aquella cara y entonces se puso colorado, de vergüenza y de ira. Mister Carker notó aquel arrebato, por más que disimuló su observación.

— Mistress Dombey y yo — prosiguió el jefe — hemos tenido alguna discusión antes de que falleciera mistress Skewton, acerca de las causas que justifican mi disgusto, de esto se puede usted formar idea general recordando lo que sucedió ya una vez en nuestra... en mi casa y que usted presenció...

— Con harto sentimiento mío — dijo Carker sonriéndose. — Si bien es cierto que un hombre de mi posición necesariamente ha de considerarse favorecido con las confidencias de familia, aun no considerándose merecedor de ellas. Grande ha sido la merced que he recibido con mi presentación á mistress Dombey, aun antes de que fuera elevada á la honra eminente de llevar el nombre de usted. Sin embargo, repito que aquella noche casi sentí haber sido objeto de tan lisonjera distinción.

Para mister Dombey era un fenómeno moral incomprendible que hubiera alguien capaz de sentir, en circunstancia alguna, el haber sido objeto de distinción por parte suya. Así, con poderoso impulso de dignidad dijo á Carker :

— ¿Cómo es eso? ¿Por qué?

— Porque me parece — contesto el agente confidencial — que mistress Dombey no está nunca dispuesta á mirarme con favorable interés — ni cabe esperarlo tampoco en mi posición y dada la natural altivez que tan bien sienta á mistress Dombey. — De modo que quizás no me haya perdonado la inocente parte que tomé en aquella conversación. El descontento de mistress Dombey no es leve materia, como usted sabe, y cuando recae en tercera persona...

— Carker — dijo, arrogante, mister Dombey — presumo que yo le merezco la consideración primordial...

— ¡Qué duda cabe! — replicó Carker con la viveza de quien consigna un hecho incontrovertible y notorio.

— Mistress Dombey no puede entrar en cuenta sino como una consideración secundaria cuando de ella y de mí se trata — dijo mister Dombey. — ¿No es así?

— ¿Que si no es así? — repuso Carker. — Pero usted sabe, mucho mejor que nadie, que eso es indiscutible.

— Por consiguiente — añadió mister Dombey — espero que el temor de incurrir en el desagrado de mistress Dombey será contrabalanceado por la satisfacción que á usted deben causarle mi confianza y mi buena opinión.

— He tenido la desgracia — dijo Carker — de incurrir ya en ese desagrado. A caso se lo haya manifestado á usted mistress Dombey.

— Mistress Dombey ha manifestado diversas opiniones — dijo mister Dombey con majestuosa frialdad — de las cuales no participo y en cuya discusión no entro. He hecho saber á mistress Dombey, hace algún tiempo, y como ya se lo he dicho á usted, que es indispensable insistir en ciertos puntos de doméstica deferencia y de sumisión por parte suya. No he podido persuadir á mistress Dombey de que es indispensable un cambio de conducta, suyo, inmediato, en obsequio á su tranquilidad y á mi dignidad. He informado á mistress Dombey que si yo juzgaba necesario insistir en esta materia se lo expondría por medio de mi confidencial agente.

Carker dirigió una mirada al cuadro, rápida lo mismo que un relámpago, y se sonrió de manera diabólica.

— Y ahora Carker — añadió mister Dombey — no vacilo en manifestarle que estoy resuelto á lograr mi propósito. No quiero ser objeto de burlas. Debe conocer mistress Dombey que mi voluntad es la ley y que yo no admito ni una excepción en lo que ha sido la regla de toda mi vida. Tendrá usted la bondad de comunicar esto á mistress Dombey : como es una comi-

sión que le doy yo supongo que no tendrá usted inconveniente en admitirla, cualquiera que sea el sentimiento que en cortesía le produzca y por el cual desde luego doy gracias á usted en representación de mistress Dombey. Por lo demás estoy seguro de que desempeñará usted esta comisión con su exactitud de costumbre.

— Ya sabe usted — dijo Carker — que no tiene usted más que mandarme.

— Ya sé — dijo mister Dombey asintiendo — que no tengo más que mandarle. Pero es necesario precisar. Mistress Dombey es una señora dotada de muy elevadas condiciones, en todos conceptos...

— Que hacen honor á la decisión de usted — interrumpió Carker con una sonrisa lisonjera.

— Sea, si le place á usted decirlo así — dijo mister Dombey con su tono altanero — aunque ahora no veo que mistress Dombey haga á mi elección todo el honor que se merece. Hay en mistress Dombey un principio de oposición que es necesario desarraigar, que es preciso domar. Mistress Dombey no parece enterada — dijo mister Dombey con fuerza — de que la idea de oponérseme, á mí, es monstruosa y absurda.

— Nosotros, en la City, conocemos á usted mucho mejor — repuso Carker con sonrisa de oreja á oreja.

— Ustedes me conocen mejor — dijo mister Dombey. — Así lo espero. Pienso, sin embargo, y hago á mistress Dombey la justicia de decirlo así, que mis desaprobaciones parecieron causar en ella un grande y saludable efecto. Desgraciadamente, no veo que su conducta cambie. Por tanto, usted hará el favor de informar á mistress Dombey, de mi parte, que me sorprende mucho el ver que no ha modificado su proce-

der, después de nuestra última conversación, que esto me desagrada en extremo y que si continúa así me veré en la necesidad de confiar á usted alguna comunicación más explícita; espero que tendrá el suficiente buen sentido para adaptarse á mis deseos, así como lo hacía la precedente mistress Dombey, y como lo haría, estoy seguro de ello, cualquiera otra mujer en igualdad de circunstancias.

— La primera mistress Dombey fué muy feliz — dijo Carker.

— La primera mistress Dombey tenía muy buen juicio — repuso mister Dombey tolerante; — sus ideas eran sumamente correctas.

— ¿ Cree usted que miss Dombey se parece á su madre? — dijo Carker.

El rostro de mister Dombey se revistió de gran severidad. Carker no le quitaba ojo.

— He tocado un desagradable tema — dijo el agente confidencial dando á su voz una inflexión suave que contrastaba con su mirada. — Dispénsame usted, he dicho por enlace particular de ideas, dispénsame.

Pero no por esto separó Carker la vista que tenía fija en mister Dombey; lo único que hizo fué lanzar otra ojeada victoriosa al retrato pictórico.

— Carker — dijo mister Dombey mirando á uno y otro lado de la mesa, y hablando en voz alta y alterada, — no tiene usted necesidad de justificarse. Usted se engaña. La asociación de ideas á que usted se refiere no nace de lo que se imagina, ese enlace de ideas tiene otros orígenes. Yo no apruebo el proceder de mistress Dombey para con mi hija.

— Perdone usted — dijo mister Carker, — pero no entiendo bien.

— Entienda usted, pues — repuso mister Dom-

bey, — que debe hacer, que es preciso que haga usted de dicho proceder materia de directa objeción para mistress Dombey. Hágame usted el favor de decirle que su extremado afecto á mi hija me desagrada. Eso se puede comentar, eso puede dar lugar á que se comparen la manera de ser de mistress Dombey con mi hija y su manera de ser conmigo. Usted se servirá decir á mistress Dombey, sencillamente, que no quiero tal cosa y que espero verla conformarse á mi deseo. Mister Dombey puede proceder como procede, por sentirlo así, con sinceridad ó por capricho, ó por molestarme con ello; de todos modos, y cualquiera que fuere su causa, es preciso que eso se concluya. Si mistress Dombey se deja llevar verdaderamente del afecto, sin dificultad ha de ceder, pues no favorecerá nada á mi hija resistiéndose á mis mandatos. Si mi mujer tiene cariños desbordantes, resérvelos para segundo término, pues lo primero de todo es la sumisión á mi voluntad. Carker — añadió mister Dombey reprimiendo la emoción desusada con que había hablado y volviendo á su acostumbrado tono de grandeza, — hará usted el favor de no omitir este punto y no pasar ligeramente por él; al contrario, ha de considerarlo usted como importantísima parte de sus instrucciones.

Mister Carker asintió con un movimiento de cabeza, se puso de pie y se acercó á la chimenea mirando á mister Dombey con la diabólica expresión de alguna escultura monástica, mitad ser humano, mitad bruto, ó como gárgola de atravesados ojos. Mister Dombey recuperó su tranquilidad poco á poco, calmándose á la idea de que había conquistado una elevada posición. Sentóse entonces altanero y miró al loro que se balanceaba en su grande anillo.

— Perdóne usted — dijo mister Carker después de un momento de silencio sentándose frente á mister Dombey. — ¿Conoce mistress Dombey la probabilidad de que me elija usted por órgano de expresión de su desagrado?

— Sí, señor — contestó mister Dombey, — se lo he dicho.

— Se lo ha dicho usted — añadió Carker. — Pero, ¿por qué?

— ¿Por qué? — repuso mister Dombey después de alguna vacilación. — Porque se lo he dicho.

— Bien está — insistió mister Carker. — Mas usted se lo ha dicho por algo. Comprenda usted — prosiguió con una sonrisa, poniendo su mano en el brazo de mister Dombey lo mismo que un gato que no quisiera sacar las uñas, — comprenda usted que cuanto más al tanto esté yo de su idea mejor podré desempeñar su cometido. Creo haberle entendido. No merezco buena opinión de mistress Dombey; dada mi posición, no hay motivo para que la merezca; pero, ¿puedo esperar algún progreso en este sentido?

— Tal vez no — dijo mister Dombey.

— Por consiguiente — prosiguió Carker, — cualquiera comunicación hecha por mí á dicha señora tiene que serle muy desagradable.

— Me parece — repuso mister Dombey con altivez aunque algo confuso — que los puntos de vista de mistress Dombey á este respecto no tienen absolutamente nada que ver con lo que aquí tratamos. Pero, en fin, eso que dice usted es muy posible.

— Y, perdone usted — añadió Carker, — no creo engañarme al imaginar que si me encarga usted de esa misión, á mí, es justamente para dominar la altivez de que hace alarde mistress Dombey. Digo altivez

sin ánimo alguno de agravio; reconociendo, por el contrario, que la altivez es una condición que sienta maravillosamente en una dama tan superior por su belleza y por sus dotes. No creo engañarme tampoco si imagino que lo ideado por usted no es precisamente castigarla sino reducirla á obediencia, someterla á los justísimos deseos de usted.

— Escuche usted, Carker — dijo malhumorado mister Dombey, — no tengo por costumbre el dar tantas explicaciones. No digo que sea inexacto lo imaginado por usted, pero tampoco entro en razones. Si tiene usted alguna objeción que hacer, dígalo y habremos concluído. Yo no podía suponer que una confidencia de mi parte llegara á rebajarle...

— ¡Rebajarme! — exclamó mister Carker. — ¡Rebajarme cuando se trata del servicio de usted!

— O á ponerle — prosiguió mister Dombey — en falsa posición.

— ¡En posición falsa! — exclamó Carker. — Al contrario, me creo honrado con la confianza de usted. Ciertamente, hubiera deseado no dar más motivo de disgusto á esta señora — que es mistress Dombey; — pero, naturalmente, la consideración á usted pasa por encima de todo. Por otra parte, cuando mistress Dombey haya comprendido el error en que se halla, error incidental, no dudo que verá, en la pequeña parte que tomo en este asunto, una prueba de mi adhesión á usted, del sacrificio que sé hacer de todas las consideraciones ante usted; entonces rectificará el mal juicio que pudiera formar acerca de mí, por el momento, considerando como un verdadero placer y un privilegio el prestar á usted, por su parte, todo su acatamiento.

Mister Dombey creyó ver en aquel instante la

figura de Edith, señalándole con el dedo la puerta y diciéndole con voz que dominaba la rendida expresión de Carker: « No habrá nunca nada que pueda hacernos más extraños uno á otro que lo que lo somos desde ahora. » Pero cerrando los ojos de su imaginación, y firme en su propósito, respondió:

— No hay duda.

— ¿Tiene usted algo más que decirme? — preguntó Carker acercándose de nuevo á la mesa, pues á todo esto no habían concluído de almorzar.

— No, nada más — dijo mister Dombey. — Únicamente ha de notar usted, Carker, que el mensaje de que está encargado no tiene contestación ninguna. No me transmitirá usted ninguna réplica. Mistress Dombey será informada de que no estoy dispuesto á contemporizar ni á transigir en cosa alguna, y se acabó.

Mister Carker manifestó que había comprendido el carácter de su mensaje. Ambos interlocutores volvieron á la mesa, prosiguiendo el almuerzo. Rob reapareció á su debido tiempo, siempre atento á su amo, con la más respetuosa actitud. Concluído el almuerzo montó mister Dombey á caballo, montó también mister Carker, y ambos, caballos y caballeros, tomaron el camino de la City.

Mister Carker se encontraba de buen humor y decididor. Mister Dombey escuchaba su conversación con el aspecto de un soberano que algunas veces se digna permitir estas libertades. Cabalgaban los dos jinetes cada uno á su manera. Mister Dombey, muy dignamente, apenas sostenía la brida, ni se afirmaba en los estribos, ni miraba dónde ponía las patas el caballo; resultado: que al echar al trote el caballo de mister Dombey dió un tropezón, despidió al jinete, se cayó

encima de éste, y al ponerse de pie le molió con los cascos.

Mister Carker acudió inmediatamente en auxilio de su principal, cogió de la brida el caballo de mister Dombey, lo contuvo y apartó del caballero derribado, sin lo cual es probable que el día de la confidencia hubiera sido el último de mister Dombey.

— ¡Otro motivo para que mistress Dombey me tenga odio! — exclamó al socorrer á su desafortunado jefe.

Mister Dombey había perdido el conocimiento, y tenía la cara y las manos ensangrentadas. Unos peones camineros le transportaron, bajo la dirección de mister Carker, á un parador que estaba próximo. No uno, sino varios médicos, llegaron en muy corto espacio de tiempo; consiguieron que mister Dombey recuperase los sentidos, pero no llegaron á un acuerdo respecto al carácter de las heridas. Uno de los médicos, que habitaba cerca del lugar del suceso, opinaba que mister Dombey tenía una fractura doble de la pierna. De igual opinión era el posadero. Pero otros dos médicos, que vivían lejos de aquel lugar y que se encontraban allí por acaso, fueron de opinión diferente á la de su colega, afirmando que el herido no tenía más que contusiones, que si acaso se había roto algo era una costilla, y que si se había roto una costilla ésta era de las falsas. Por consiguiente, quedó resuelto que mister Dombey sería llevado á su domicilio. Por de pronto le hicieron una primera cura y le dejaron descansar, en tanto que mister Carker iba á participar lo sucedido á casa del herido.

Astucia y crueldad revelaba la fisonomía de Carker hasta en los momentos más propicios. Pero más que nunca se dejaron ver en su rostro estas pasiones

cuando se dirigía á casa de su principal, portador de la desagradable noticia. Y es que le animaban pensamientos de astucia y de crueldad acrecentados por la esperanza de acontecimientos que ya veía como posibles, aunque todavía lejanos. Impulsado por estas ideas, puso su caballo á la carrera, como si fuera á caza de transeuntes. Por último, al entrar en calles concurridas volvió al paso, tornó á su costumbre de elegir los sitios más limpios y revistió nuevamente su cara de la sonrisa de humildad, embellecida con la exhibición de su dentadura de marfil.

Llegó á casa de mister Dombey, se apeó delante de la puerta y, llamando, previno al criado que deseaba ver inmediatamente á mistress Dombey por asunto importante. El criado le introdujo en el gabinete de mister Dombey. Al cabo de un momento volvió el criado diciendo á mister Carker que la señora no podía recibir á aquella hora.

Ya esperaba esto Carker : no se sorprendió, por consiguiente, y sacando una tarjeta escribió en ella unas palabras insistiendo en la necesidad de ver á mistress Dombey y diciendo que no se atrevería á solicitarlo *por segunda vez* (lo subrayó) si no fuera porque la ocasión lo exigía. — Un instante después bajó la doncella de la señora rogando á mister Carker que subiera á la habitación donde se encontraba mistress Dombey.

Allí estaba, en efecto, Edith, acompañada de Florencia. Carker se quedó parado ante la hermosura de aquella mujer, que nunca le pareció más sensual. Edith le miró con altanería. Carker se inclinó para saludar á Florencia; pero bien se advertía en él la calidad de mandatario de que se hallaba revestido.

Lo sentía muchísimo, tenía un verdadero pesar, no

sabía cómo exponer lo sucedido, pero, en fin, ello era que había ocurrido un accidente... un pequeño accidente. No era motivo para alarmarse; daba su palabra de honor de que no era cosa grave; pero, mister Dombey...

Florenia dió un grito. Carker no miró á Florenia sino á Edith, pero ésta no reveló inquietud alguna.

Mister Dombey había sido víctima de un accidente, un pequeño accidente. Iba á caballo, el caballo había dado un traspiés, cayéndose con mister Dombey.

Florenia exclamó asustadísima que estaría gravemente herido, que estaría muerto!...

No. Palabra de honor; mister Dombey había quedado sin sentido, pero luego había recuperado el conocimiento; no tenía herida de gravedad, no había peligro ninguno. A no ser así, él no se hubiera atrevido á ser el mensajero de la noticia, no hubiera tenido el valor de presentarse ante mistress Dombey. Decía la pura verdad, lo aseguraba de la manera más solemne.

Hablaba dirigiéndose á Edith, únicamente á Edith, como si Florenia no estuviera también presente.

Dijo donde se encontraba mister Dombey y pidió que le enviaran un carruaje para regresar á su domicilio.

— Mamá — exclamó Florenia, casi llorando — si yo pudiera ir...

Mister Carker volvió á fijar la vista en Edith al oír estas palabras y con disimulo movió negativamente la cabeza. Edith vaciló en contestar á aquella mirada, en hacerse cargo de aquel signo; pero al fin se dió por entendida y dominando su repugnancia dirigió á Carker sus bellos ojos.

— He recibido orden de decir á la nueva ama de

llaves — añadió Carker — cuyo nombre, si no me engaño, es mistress Pipchin...

Nada se le escapaba: Carker vió en este instante que con estas palabras había inferido nueva ofensa á Edith.

— ... He recibido orden de decirla que mister Dombey quiere que se le ponga la cama en las habitaciones del piso bajo: las prefiere á cualesquiera otras. Inútil me parece añadir, señora, que mister Dombey ha sido objeto de la mayor atención, de toda la solicitud posible. Repito que no hay el menor motivo de alarma. Puede usted tranquilizarse en absoluto.

Saludó con una gran reverencia, cortés y afable, y se fué á dar las órdenes de que había hablado. Luego montó á caballo y se fué hacia la City. Pensativo estuvo mister Carker mientras recorría aquel camino. No lo estuvo menos cuando llegado el carruaje en su busca subió á él para ir á donde se encontraba mister Dombey; no dejó de estarlo hasta que se vió al lado de éste, acomodados ambos en el coche; entonces recuperó Carker el brillante uso de su inteligencia y de sus dientes.

Al anochecer empezó el viaje de regreso. Mister Dombey iba bien envuelto en mantas y recostado en almohadones. Carker sentado enfrente cuidaba de su principal, atento á lo que pudiera desear y procurando distraerle. Para evitar las sacudidas el coche andaba muy despacio, de modo que ya era muy de noche cuando el herido llegó á la puerta de su casa. Mister Pipchin, áspera y desabrida, que no había olvidado las minas peruanas, salió á recibir á mister Dombey, dando voces de reprimenda á los criados y azorando á todos mientras conducían al magullado caballero hasta dejarlo zambullido en el lecho. Carker no se

apartó de mister Dombey durante toda la maniobra. Cuando, acostado el herido, dió severas órdenes de que ninguna mujer de la casa entrara en su cuarto, absolutamente ninguna, excepto la excelente ogro que gobernaba el domicilio, Carker pasó de nuevo á las habitaciones de mistress Dombey para darla cuenta de cómo estaba su marido.

Otra vez halló á Edith con Florencia y otra vez la dirigió una porción de frases de consuelo, como si Edith fuera presa de la inquietud más viva. Mostróse tan atento en la expresión de su respetuosa simpatía que al despedirse tomó la mano de Edith y la besó.

Edith no retiró la mano, no se sirvió de esta misma mano para cruzar la cara del miserable; pero se le arrebató la sangre á las mejillas, brillaron de indignación sus ojos y respiró con impulso anhelante. Más tarde, cuando se halló sola en su cuarto golpeó aquella mano contra el mármol de la chimenea, ensangrentándola del golpe y acercándola luego á la lumbre como si quisiera arrojarla el fuego para convertirla en cenizas.

Avanzaba la noche. Edith, sola en su gabinete contemplaba la llama del hogar, que á ratos alumbraba su rostro amenazante. Miraba las movientes sombras que en las paredes de la habitación se mostraban, como si en ellas hubieran tomado cuerpo inquieto sus propios pensamientos. A la manera de fantasmas danzaban en derredor suyo la ofensa y el ultraje acompañados de una multitud de presagios funestos: delante de ellos y dirigiendo sus evoluciones contra ella, Edith veía una figura odiosa y esta figura no era otra que la de su marido.

CAPÍTULO XLIII

HORAS DE LA NOCHE

Largo tiempo hacia que Florencia estaba despierta ya de sus sueños. Bien veía, entristeciéndose por ello, la separación que existía, y cada vez iba aumentando, entre Edith y su padre: de tal modo, sobre su amor y su esperanza caía como una sombra espesa reavivando su pasado dolor y haciéndolo aun más intolerable que antes.

Duro era esto — nadie mejor que Florencia lo sabía; — duro era esto de que el afecto natural, la confianza sincera, se hubiesen trocado en congoja; de que en lugar de tierna protección y de solicitud cariñosa no hubiera sino indiferencia y repulsión. Muy duro era haber acariciado sentimientos tan tiernos sin merecer la dicha de verlos alguna vez correspondidos; pero aun lo era mucho más para Florencia el tener que dudar de su padre ó de Edith y el no poder pensar en el cariño que ambos la inspiraban sin que este pensamiento se acompañara de temores, desconfianzas y sorpresas.

Así estaba Florencia: originábanse sus penas en la pureza de sus sentimientos. Veía cuán frío y cuán severo era su padre para Edith — ¡lo mismo que para ella!